

16. La monja soldado

La desaparición de la Pantera Blanca tuvo otras consecuencias más sutiles y menos favorables. Sor Arantxa, que así se llamaba, tenía un carácter fuerte que se extendía también a su comunidad, que como tal sufría de favoritismos, luchas internas, celos y envidias. Todas las virtudes y defectos del grupo eran controladas por la férrea actitud de su superiora, poco amiga del trato cercano a las presas que practicaban con celo algunas hermanas en sus momentos de pasión. La Pantera no solo no entendía ciertas prácticas sino que, en privado y con secretismo, amenazó con la expulsión y castigó a quienes las disfrutaban.

El cambio de jefa en la comunidad destapó más las esencias del amor prohibido. Las relaciones íntimas entre religiosas y reclusas fueron obligadas bajo amenazas o a cambio de favores para los niños. Qué fácil chantaje.

Sor Jacinta era una monja soriana, entrada en años y en carnes, que dirigía con rigor la sección de costura, introvertida y temerosa de Dios no se comunicaba ni con Él. De ella se decían cosas terribles sobre vejaciones y castigos. En el taller se hacían hábitos, camisas con retales de sábanas, abrigos con viejas mantas y se remendaban muchos uniformes zurciendo agujeros, tal vez de balas. Era un privilegio trabajar como zurcidora dejándose los ojos junto a las ventanas y atravesándose con las

agujas las yemas de los dedos, junto a un montón de chaquetas de militares pendientes de repasar.

Allí se redimía infatigable Eva, una guipuzcoana morena, sonriente, alta y esbelta, cuyos ojos negros se repartían el cuidado de su bebé a su vera y la aguja cosiendo botones. La responsable del taller había mostrado un prudente favoritismo con ella, permitiéndole cuidar de su hijo mientras trabajaba, sin que mediaran otros motivos que no tardaron en aparecer cuando la prisión se liberó de la Pantera y de su control en todos los ámbitos. Fue un antes y un después en la actitud de Sor Jacinta con Eva, una liberación de sentimientos hasta entonces retenidos por justificado temor a la superiora.

Al principio le regaló un dedal de madera que le evitó la sangría diaria de su dedo anular izquierdo, luego llegaron los halagos por zurcidos cualesquiera. Después empezaron los toqueteos disimulados mientras le hablaba con cualquier excusa y pronto, demasiado pronto, sin poder disimular la excitación que le producía, le susurró palabras de cariño.

Eva, cuyo marido miliciano falleció en la defensa de Irún, había dado a luz en Saturrarán ayudada por sus propias compañeras.

—Empuja, venga, un poco más —le animaban, entre ellas Rosa y Amalia.

—¡Amancio, Amancio! —chillaba la parturienta, ofreciendo obsesionada a su marido sus ilimitados esfuerzos.

El padre de la criatura, un gallego de los que vinieron a Pasajes atraídos por su ebullición pesquera, era un tipo basto y echado *palante*, campechano y generoso. Fue miliciano como pudo haber sido falangista, se apuntaba a todo, le tocó serlo porque estuvo en ese lado cuando sonó el cornetín.

Eva era redera en San Pedro y nadadora, la leyenda popular contaba de ella que era capaz de ir y volver de San Pedro a San Juan nadando. No le faltaban espaldas y cuerpo. Se enamoraron y con un par de bailes, muchas promesas y el nerviosismo de *que viene la guerra* se casaron. El aguerrido miliciano no volvió de Irún y la redera cabreada se encaró tanto con los vencedores que o la fusilaban o la apresaban. Cayó en buenas manos.

La joven madre formó parte del complot para asesinar a la Pantera, y su huida le dejó un sin sabor de no poder cobrarse su resentimiento en el que se entremezclaba la muerte de su marido, Amancio, el sufrimiento de sus padres, la perra vida de su hijo recién nacido, Néstor, y sus propios males. Hasta había ideado la forma de acabar con aquella maldita. La aparición de una nueva maltratadora le devolvió su espíritu revanchista con ánimos renovados.

Sus compañeras de reclusión la adoraban por su simpatía y su solidaridad, sin olvidar que remendaba todo y, cada día más, vestía al grupo, en especial a los niños, con ropa de abrigo. Los bebés parecían soldaditos con sus capas color caqui. Eva no quiso compartir con sus compañeras el acoso que estaba padeciendo ni, mucho menos, sus planes que maquinaba con fruición.

Eso sí, el pequeño Néstor formaba parte del equipo infantil sobre el cual caían todas las promesas ilusas de protección del grupo si un día, por fatalidad, una madre no volvía de la enfermería, por ejemplo.

El esperado ataque llegó un atardecer de verano. Cuando las demás reclusas se habían ya marchado y Eva tuvo que quedarse a petición de sor Jacinta. Ésta se abalanzó sobre la redera que, ya de pie, se despedía. Tuvo tiempo para depositar el capazo del

niño en el suelo y cayó de espaldas sobre el montón de ropa militar desordenada. La amorosa monja intentó besarla con su boca avinagrada, sin labios y con bigote, a la vez que farfullaba incomprensibles e incoherentes palabras de amor. El peso de la monja hizo que Eva se clavara los botones metálicos de las guerreras y gimiera.

Sabía que aquello iba a ocurrir de un momento a otro y tenía planeado lo que iba a hacer para su venganza. Sor Jacinta pagaría por sus maldades, por la Pantera, por los castigos a ella y a sus compañeras, por su marido, por la guerra, por todo lo que representaba..., por la cárcel de Saturrarán. ¡Cruel soriana! Pero no lo contó a nadie, no quería cómplices que pagaran por ella si algo salía mal.

—Por favor, Jacinta. Aquí no —dijo sin gritar.

—¿Dónde? ¿Dónde? —preguntó sorprendida la atacante. La desarmó la tranquilidad de Eva. Si hubiera gritado, el pabellón estaba lejos, o pataleado se hubiera excitado más, sin embargo, parecía que la víctima accedía, pero no ahí.

La monja paró y vio que Eva señalaba al niño que boca abajo, en el capazo, levantaba la cabecita y miraba con los ojos bien abiertos.

—Vayamos a la playa un día —sugirió melosa la presa.

—Pero, ¿cómo? Ya sabes que no podemos, nos verían —entró en el tema, babosa e ilusionada por la imposible idea.

—Claro que sí, Jacinta. Vamos una noche.

—Qué cosas dices. Hay vigilancia y nos verían. ¡La playa! —La monja ya participaba del sueño. ¡Con su preferida en la playa! Qué fantasía.

Al ver que dudaba, Eva descargó toda su seducción como si se le fuera ocurriendo sobre la marcha.

—Mire, con toda la ropa que tenemos aquí, podemos salir las dos por la noche oscura, vestidas de soldados. Quién va a sospechar de dos militares que pasean. Además, iremos a la playa de al lado, no a la principal. Allí no va nadie y podremos estar el tiempo que queramos muy tranquilas.

—¡Por Dios niña, por Dios! Qué cosas dices.

La tentación estaba ya sembrada.

—Ya te diré yo cuándo, Jacinta. Que de eso sé un rato...

Y sin más, con el capazo se alejó dejando a la monja hecha un lío de ilusiones y fantasías. Y claro que la nadadora sabía de cielos negros y mareas.

Durante los días que siguieron se dispararon las dudas sobre la conveniencia del plan. En algunos momentos, Eva se compadeció de la monja que le asediaba cada vez con más frecuencia, pero cometió el error que la condenó sin remedio. Empezó a tener celos de Néstor, intentaba ocultar su animadversión hacia el niño que ocupaba la atención de su amada, pero ella lo intuyó. Un día, cuando regresaba del almacén, oyó que el niño berreaba desconsolado, aceleró el paso y lo encontró bañado en lágrimas, sin entender lo que sucedía. Por la noche, al cambiarle el pañal comprobó con horror cómo tenía los muslos pinchados por alfileres. Jacinta estaba loca e irremisiblemente condenada.

Eva no expresó ni un ápice de su odio y siguió con sus planes.

—Ya están los uniformes preparados. Si quieres vamos esta noche a la playa —propuso halagadora.

—¿Tú crees que no nos verán? Me da miedo —empezaba a dudar.

—Jacinta. Me lo prometiste —dijo convincente, bajando la voz.

La otra estaba aturullada y se puso roja, no sabía qué hacer. Por un lado le estimulaba la promesa de una noche de amor en la playa y por otro le parecía una locura. La locura de su vida.

—Olvídalo —dijo Eva alejándose con desdén.

—No, no. Por favor. Vamos, quedamos aquí a las doce. Cuando todo el mundo esté dormido. Toma —le tendió un hábito negro—, he pensado que así podrás llegar hasta aquí sin que nadie sospeche. Irás vestida de novicia—. También ella le había dado muchas vueltas a esa idea.

Amalia, Rosa y Carmen, sus compañeras más fieles, sospechaban que Eva preparaba algo, pero respetaban su silencio. Aquella oscura noche de verano se volvieron a juramentar que todas cuidarían de los hijos de las ausentes.

Vestida con el hábito negro de novicia saltó por la ventana que daba a la parte trasera, al monte, sabiendo que sus amigas no dormían aunque tuvieran los ojos cerrados. No tuvo problemas con los centinelas que ni siquiera le devolvieron el saludo del *Ave María Purísima* que recordó al pasar. Ella había elegido con cuidado la fecha para que la noche fuera lo más oscura posible y las mareas las más fuertes y altas, y lo conocía bien como redera, siempre cerca de marinos.

—Mi padre me repetía una y mil veces: plenilunio y novilunio —pensaba ella y jamás creyó que le serían tan útiles las enseñanzas de aquel marino que solo aparecía por su hogar unas semanas cada seis meses, durante los cuales no salía del dormitorio. No recordaba ni su cara, solo su olor a pescado y a tabaco. ¡Ah, y las fases de la luna!

Jacinta la esperaba ya en una esquina del taller, oculta y avergonzada. Nunca un uniforme sentó

tan mal a nadie. Tenía el pelo rapado, casi como las presas, era pequeña y ancha, sus mejillas sonrosadas eran lo único que resplandecía aunque su mirada libidinosa la traicionaba. Eva pensó que sería fácil gritar a los soldados que un espía se había infiltrado para que la frieran a tiros, pero no quería ceder ese placer a otros. La odiaba. Se cambió y las dos, disfrazadas de soldados, salieron juntas a la noche negra marcando bien el paso con decisión, sobreactuando.

Llegaron al final de la playa y Eva se adelantó superando unas rocas. La mar estaba embravecida pero no pareció importarle

—Sígueme, con cuidado —ordenó a la monja soldado que no cesaba de mirar con pasión la silueta de su presa.

Pasaron con alguna dificultad a la otra playa y continuaron hasta encontrarse con las rocas detrás de las cuales se vislumbraba una playita en una cueva profunda.

—Ya estamos.

Tuvieron que mojarse los pies para entrar agachadas a la cueva. Jacinta tenía miedo del ruido de las olas que no veía. Solo la espuma de la rompiente iluminaba un poco el camino. Agarraba con fuerza la mano de su amor, ciega de ilusión y confiada. En cuanto estuvieron dentro quiso abrazarla.

—Espera un poco, por favor. Disfruta del olor a salitre, del ruido de la mar, de la luz de la espuma... Mira cómo avanzan las olas hacia nosotras.

Las olas enseguida llegaron a la puerta de la cueva. Se tuvieron que retirar un poco más adentro, y todavía más. El ruido era ensordecedor.

—¿Pero qué es esto? —Jacinta palideció cuando el agua llegó a sus pies mojados. Su espalda estaba pegada a la roca. No podía retroceder más.

—Tranquila. Esto es solo el principio. ¿No querías una aventura? —Dicho esto, Eva se quitó la guerrera y en camiseta se lanzó contra las olas alejándose en la oscuridad.

Jacinta, dándose cuenta de la trampa mortal en la que había caído, intentó seguirla cuando una ola la derribó, la siguiente la volvió a zarandear y ya la tercera la golpeó contra una roca. Así, ola tras ola, tantas como presas había maltratado, su cuerpo fue a la deriva como un guiñapo desorientado. El Cantábrico se tragaba otro cadáver uniformado más, que tal vez llegaría a las costas francesas arrastrado por la corriente, donde nadie le reclamaría, como tantos.

Eva volvió a trepar por la ventana del dormitorio vestida de novicia. Sus compañeras pudieron descansar.

Nunca se supo si Sor Jacinta había desertado, colgado los hábitos o simplemente se había fugado. Pasados los días de su misteriosa desaparición, otra hermana se hizo cargo del taller de costura donde los uniformes deshechos se habían amontonado.